



naron á lo léjos, oyéndose muy claras y distintas las voces de las turbas que decían:

—¡Mueran los frailes!....

—¡Abajo los conventos!....

—¡Mueran los envenenadores!....

—Vamos, Mendoza: fuera debilidad..... se hace tarde y ahora podemos mezclarnos entre el grupo de sediciosos que van á Santo Tomás.

—¡Atrás, caballeros! exclamó Guillermina, oponiéndose al paso; si queréis conducir al cadalso y á la infamia á un jóven iluso que no conoce vuestros traidores intentos, dejadle al menos que escuche la voz de su conciencia y reciba la bendicion de una madre moribunda. Ven, Lúcas; arrodíllate.

Maquinalmente se dejó conducir por ella hasta la cabecera del lecho donde agonizaba la infeliz señora.

—Benedicidme, madre mia, murmuró.

La anciana, que en medio de sus congojas debió sin duda comprender algo de la conversacion anterior, probó á incorporarse y con desfallecida voz dijo á su yerno:

—No abandones á mi hija; queda sola en el mundo, ¿qué será de ella si le falta á un mismo tiempo tu amparo y el nuestro?

—Persuadidle, madre mia; porque Lúcas es traidor á sus banderas y vá á mezclarse con las turbas infames, que promueven una revolucion impía, abandonando á su esposa y á tí, madre querida, en un momento supremo.

—¡Oh! no lo hará si es caballero; yo te mando, hijo mio, con la autoridad de madre que el derecho me concede y en nombre del esposo que la muerte me ha arrebatado, que no salgas de aquí!

—No puedo, madre mia, ¡perdonadme!....

—Te lo mando.

—No puedo obedecer.

—¡Te lo ruega una madre moribunda!....

—¡Imposible! ¡el honor me llama!.... ¡benedicidme y perdonadme!....

—¡Nunca! la ofuscacion de tus sentidos te conduce al abismo;

no ves el peligro, pero yo te lo señalo; el cadalso te espera..... ¡retrocedel!....

—¡Jamás!.... está empeñada mi palabra.....

—Los dias que te queden de vida, irás errante..... perseguido, sin hogar y sin afecciones, llevando impreso en la frente un borron de infamia y el horrible peso de tu acusadora conciencia..... ¡retrocedel!....

—¡No puede ser!.... adios, Guillermina.....

Sentiase ahogado por una angustia dolorosa. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡No te vayas!.... ¡te lo ruego por nuestro amor!.... le decia en voz baja su esposa; mira que las palabras de una madre moribunda son proféticas..... ¡acuérdate!....

La infeliz, arrodillada junto al lecho, tenia asidas las manos de su esposo, instándole con las mas vivas muestras de desesperacion.

Viendo que vacilaba, uno de sus amigos, el que ya en otra ocasion habia tomado la palabra, le dijo con sarcasmo:

—Puedes quedarte, Mendoza; creo que tu auxilio nos será ineficaz, pues necesitamos al frente de nosotros hombres valientes y arrojados, no cobardes mugerzuelas que vacilen y lloren en el momento del peligro.

Lúcas era bueno en el fondo; pero se hallaba dotado de un orgullo, que fundaba en una base muy falsa, en el amor propio. Hiriéronle en su cuerda mas sensible, y todo lo olvidó: amor, deber, consideraciones, ruegos, súplicas, amonestaciones, ni denuestos fueron bastante á separarle de su proyecto.

—Ya os sigo; ¡veremos quién es mas valiente!.... gritó con enérgico acento, levantándose y sacudiendo la impresion que le encadenaba á aquel lecho, como quien arroja un manto que sofoca nuestra cabeza.

—¡Detente!.... ¡detente!.... ¡Oh, Dios mio!.... se vá..... me quedo sola en el mundo!.... exclamó desolada la infeliz.

—¡Te queda Dios, hija mia!.... sé buena, sé virtuosa y acógete al seno de la religion cristiana, puerto de todas las borrascas, y serás feliz.

- ¡Oh! ¡madre mia!.... ¡madre mia!....  
—¡Adios!.... ¡adios!.... yo te bendigo.....  
—¿Tambien tú me dejas? ¡madre querida!.. ¡infausta suerte!..  
—¡Te queda Dios y la bendicion de tus padres!....

Los ojos de la anciana señora cerráronse para siempre. Aquella escena habia agotado sus fuerzas.

Guillermina lanzó un grito espantoso cayendo desmayada sobre el cadáver.

Su esposo en tanto dejóse llevar por sus indignos amigos, que eran agentes comprados por el partido carlista, y tenian en aquel dia la mision de alterar el órden público, sublevando, si les era posible, algunas compañías y á la noble Milicia Nacional.

Empero nada pudieron conseguir, solamente la perdicion de aquella pobre víctima á quien faltaba el talento y la penetracion necesaria para conocer que caminaba por un abismo.

En la tarde del mismo dia fué descubierta su traicion; persiguiéronle con incansable celo, y á encontrarle, hubiéranle fusilado inmediatamente.

En medio de su falta de prevision, tuvo sin embargo la feliz idea, al verse ya perdido, de disfrazarse con el trage de un hombre del pueblo; recogió, para tener otro disfraz, los hábitos de un religioso que habian asesinado en una calle solitaria, y partió á buen paso por la de Embajadores, saliendo fuera del portillo con ánimo de alejarse de Madrid, buscando el puerto mas cercano donde pudiera embarcarse para el extranjero.

¡Pobre Guillermina! ¡cuántos dolores!.... ¡cuántas amarguras tuvo que probar en un dia!.... ¡Ella, que habia sido siempre el ídolo de su casa y que solo gustára hasta entonces la copa de la felicidad!....

Los rudos golpes que en tan brevísimas horas la hirieron, se sucedieron unos á otros tan súbita como impensadamente, dejándola atontada sin poder darse apenas cuenta de lo que la sucedia.

Con la impasibilidad de una persona que á fuerza de tanto sentir ha perdido la facultad de llorar, hallábase, cuando entró la autoridad buscando á su marido.

Nada supo decirles; maquinalmente les condujo á que registráran toda la casa; les dejó apoderarse de los papeles, de las armas, de todo cuanto quisieron, sin que una sola palabra escapase de sus labios. Parecía un autómeta.

Cuando quedó sola, volvió á ponerse de rodillas al pié del lecho mortuorio de sus padres. Allí permaneció algunas horas, escuchando siempre en sus oídos las últimas palabras de su esposo y resonando en su corazón dolorosamente el moribundo acento de su madre que la bendecía en sus postreros momentos.

La noche de aquel día aciago sorprendióla en la misma postura, asemejándose á la estatua del dolor. Pálida, con el cabello tendido, los ojos fijos, la mirada ardiente y los labios temblorosos la encontraron los escasos amigos que pudieron acudir en su auxilio.

Fueron muy contadas las casas que en aquellos días quedaron sin lamentar alguna desdicha, bien fuera por el cólera, bien por la insurrección del populacho. Esta causa les privó de auxiliarse unos á otros, no encontrando á veces ni sacerdotes ni médicos que prestasen á los agonizantes los consuelos de la ciencia y la religión, tan necesarios en semejantes casos.

Un mendigo se presentó en casa de Guillermina, pidiendo con urgencia ver á la señorita. Los pocos criados que se libraron de la plaga, le miraron con recelo, viéndole muy envuelto en una capa, y que ocultaba debajo un volumen bastante grande; mas á fuerza de instancias consintieron anunciarle.

Pasó al salón.

Guillermina, sin variar de postura, alzó la cabeza y le preguntó:

—Desea V. hablarme con urgencia, según me han dicho, ¿en qué le puedo ser útil?

—Vengo, señorita, á traer á V. en nombre de la caridad estos dos niños; son huérfanos, han perdido, del cólera, á toda su familia y no tienen mas amparo que la tumba ó los brazos de V.

—Vengan, los admito con reconocimiento; tambien yo he perdido todo en este mundo; pero el Señor me compensa dándome dos hijos..... ¡Bendita sea su soberana voluntad!.....

Guillermina, que estaba arrodillada al pié del lecho mortuario, se sentó en una silla, y tomando sobre su falda á las inocentes criaturas, las hizo mil caricias con el mas tierno cariño.

—Ahora me falta cumplir otro encargo que tengo para V., añadió el desconocido.

—¿Y cuál es? preguntó la jóven.

—Poner en sus manos esta carta de su esposo.

—Dème V. y mil gracias.

Desdobló el papel con mano temblorosa por la emocion que sufría y leyó lo siguiente:

«Estoy en salvo, me persiguen; mas ya no pueden alcanzarme. Adios, esposa mia, perdóname y no maldigas mi memoria. Parto á lejanos climas á esconder en ellos mi confusion y mi vergüenza, al mismo tiempo que la desdicha de haberte perdido.

»Adios, adios..... hasta el cielo.

Tu esposo,

*Lúcas de Mendoza.»*

Un torrente de lágrimas se desprendieron de los ojos de Guillermina. Aquello la salvó, porque descargaron su corazon de un peso enorme. El llanto es á veces tan benéfico, que evita una enfermedad, desahogando el corazon y dándole nueva vida.

Cuando levantó la cabeza, el mendigo habia desaparecido y los dos niños dormian en su falda.

—¿Quién será ese hombre misterioso? se preguntó.

Nadie pudo responder á esta pregunta; empero nosotros, que todo lo sabemos, podemos decir á nuestros lectores, que aquel sér benéfico era fray Benigno: despues de salvar de las garras de fray Severo á los huérfanos de Alvarez Leal, que eran una niña y un niño, les buscó una protectora en Guillermina.

La triste jóven estrechó contra su corazon los hermosos ángeles que la deparaba la Providencia para consuelo de sus multiplicadas desdichas, y arrodillándose de nuevo, murmuró llena de religiosa y cristiana unción:

—¡Héme aquí, Señor, por vuestra santa voluntad convertida en

esposa sin marido, hija sin padres, madre sin hijos!.... ¡Huérfana, sola en el mundo!.... ¡todo lo acepto resignada!.... ¡cúmplase mi suerte en este valle de lágrimas, bien sea adversa ó favorable! ¡Oh! Virgen mia: bajo tu manto de piedad me acojo, protégeme, y yo, empapada en el amor divino, cumpliré los preceptos evangélicos de la sublime religion cristiana.

Como para mofar contraste con tan nobles pensamientos, escucháronse en el próximo convento de Santo Tomás las ensordecidas voces de los sediciosos que gritaban con furor:

- ¡Mueran los frailes!....
- ¡Mueran los envenenadores!....
- ¡Abajo los conventos!....

**FIN DEL PRÓLOGO.**

# LOS MISERABLES DE ESPAÑA

## SECRETOS DE LA CORTE.

### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO I.

##### Fraternidad.



RA el día 17 de Julio de 1849, quince años despues de los acontecimientos que acabamos de narrar en el prólogo de esta novela.

Un calor bochornoso y abrasador se dejaba sentir en Madrid, haciéndose insoportable á las personas acostumbradas á disfrutar alguna comodidad.

Aunque no en tan alto grado como en el dia, ya empezaba la dispersion de infinitas familias que se trasladaban al campo, buyendo del riguroso estío cortesano.

Nuestros lectores tendrán la bondad de seguirnos á una preciosa quinta situada en las inmediaciones de Madrid, fuera de la puerta de Alcalá y á la márgen del Jarama.

Serian las ocho de la mañana. En el sitio mas frondoso y agradable del jardin elevábase un cenador rústico, toscamente cubierto

con ramaje de enredaderas, madreSelva y otras muchas plantas que, enlazándose á los árboles vecinos, formaban una pared circular y un toldo de verdura.

En el centro habia sillas, un sofá de paja y una mesita de piedra. A su alrededor sentáronse cuatro personas. Las iré presentando por su órden.

El que se hallaba mas inmediato á la puerta, era un caballero de esbelta y gallarda figura, representaba unos treinta años, haciéndose notar por sus distinguidas maneras, su esquisita elegancia y por lo ameno de su conversacion.

Debia ser un hombre muy instruido, de mucho talento y de una ciencia vastísima. Habia pasado viajando su juventud, habiendo á la edad de treinta años recorrido todo el globo.

Cansado de la fatiga consiguiente á una vida tan aventurera, detúvose por fin á descansar en Madrid, donde le llamaba el amor de la hermosa Sra. doña Guillermina San Juan de Mendoza.

Ésta se encontraba á su lado sentada en la mesita de piedra, y preparándose con los que la acompañaban á saborear un esquisito y delicado desayuno.

Nuestros lectores la han conocido á la edad de quince años, recién casada y en un dia fatal, que formaba época en su tranquila y sosegada existencia.

Treinta contaba ya y sin embargo conservábase mas hermosa aun que cuando la conocimos por la vez primera. Era siempre la mugercita en miniatura, pero bellísima, ideal, encantadora. Parecía una niña.

Cuando se repuso del estupor en que la sumergieron las múltiples desgracias que sufrió perdiendo á un tiempo á sus padres y á su esposo, que, perseguido y errante, tuvo que buscar refugio en países estraños, se halló rodeada de dos criaturas angelicales, que una persona desconocida habia puesto en sus brazos.

El niño tenia unos dos años, apenas hablaba, y no supo decir su nombre ni el de su hermanita, que contaria escasamente cuatro ó cinco meses.

Aquí fué el apuro de Guillermina, no sabía cómo llamarlos. Por

fin se decidió á que llevasen el nombre de sus queridos padres, ya que al borde de su tumba los habia adoptado por hijos.

Desde entonces se conoció en la casa al niño con el nombre de Senen, y á la niña con el de Zoa. A ésta la proporcionó en seguida una robusta nodriza, y haciéndolos pasar por sus sobrinos, los mandó á la quinta de la Retama, donde tenia grandes posesiones, siguiéndolos ella en breve, buscando en la soledad de aquellas frondosas alamedas el reposo necesario á su combatido espíritu.

Algunos meses pasó queriendo consolarse con los niños; pero sin poder conseguirlo; enferma siempre, débil, abatida, no sabia darse cuenta de su continuo padecimiento. Decidióse á llamar al médico, que era un amigo íntimo de su familia y que la habia visto nacer.

—No sé qué tengo, doctor, le dijo apenas le vió.

—Casi creo adivinarlo; sin embargo, hija mia, espícame tu enfermedad: ¿qué sientes?

—Un malestar indefinible, una congoja continua, una dejadez insoportable.

—Venga el pulso.

El doctor, sin necesidad de examinar mucho á la jóven, comprendió al punto lo que ella en su inocente candidez no pudo explicarse.

—Y bien, hija mia, la dijo, lo que tú padeces, no solo no es un mal de cuidado, sino que es una consecuencia natural de tu matrimonio.

—Espíquese V.....

—¿Te agradaria ser madre?

—¡Sería el colmo de la dicha!.... exclamó con entusiasmo la jóven.

—¡Goza, pues, de antemano ese placer!.... porque no tardarás en serlo.

Al primer arrebató de júbilo, sucedió un llanto doloroso. El médico la preguntó:

—¿Por qué te aflijas?

—¡Ay! ¡porque mi hijo no conocerá á su padre!....

—¡Bah!... ¡qué tonterías! ¡todo se olvida en el mundo!... él ha hecho una calaverada; pero andando el tiempo, habrá un indulto y todos los emigrados por delitos políticos volverán á su país con ansia de abrazar á sus hijos y sus esposas.

Esta idea consoló algun tanto á la hermosa jóven; desde entonces vivió en la quinta de la Retama, rodeada de los niños huérfanos que tan generosamente habia recogido. Cuando nació su hijo, le puso el nombre de su padre, Lúcas de Mendoza; y se empeñó en lactarle por sí misma, cuidándole y dedicándose exclusivamente á él con un esmero superior á todo encarecimiento.

Siete años pasó en la quinta, entretenida siempre con los niños. En aquella soledad, por recurso y por aficion, cultivó las bellas artes, sobresaliendo en la música y en la poesía, sin que dejase por eso de ser notable en la pintura. Ella misma fué la maestra de su hijo y de los huerfanitos, enseñándoles además varios idiomas que poseia con perfeccion.

Cuando ya los niños salieron de la infancia, pensó en darles una carrera científica y literaria que les hiciera hombres de provecho. Esta idea la hizo trasladarse á Madrid, donde, desde aquella época, pasó los inviernos y los veranos en la quinta.

Trascurrieron quince años sin que ni una carta, ni una leve noticia de su esposo llegase á revelar su existencia. Créiale muerto, aunque sin poderlo asegurar, por no tener una prueba cierta de su fallecimiento. En todo este tiempo hubo varios indultos, la guerra de los siete años concluyó felizmente, y sin embargo, Lúcas de Mendoza no volvió á España á dar gracias á su Reina por el generoso perdon que concedia á su delito. Sus amigos y compañeros de aventura volvieron; Guillermina les preguntó, hizo cuantas diligencias estuvieron en su mano para conseguir noticias, y nadie le dió el mas leve indicio de su paradero.

En este estado se encontraba cuando la hemos presentado á nuestros lectores, desayunándose en el jardin de su quinta, acompañada del conde, de Zoa y Senen, los interesantes huerfanitos que habia criado y educado con el mismo esmero que á su propio hijo.

Ahora que conocemos á los personajes, oigamos su conversacion.

—¿Está V. triste, Guillermina? preguntó el conde.

—Un poco, nada mas, contestó esforzándose por sonreír.

—Diga V. mas bien un mucho, querida tia, añadió Senen; y sino que lo diga Zoa, que esta mañana fué tan afligida á decirme que estaba V. llorando.

—¿No somos dignos de saber la causa de sus pesares? preguntó el caballero inclinándose.

—Sí, querido conde; ni para V. ni para mis sobrinos, á los que amo como si fueran hijos, tengo secretos.

—Debo advertir á V. que no es exigencia dictada solo por la curiosidad, sino con el buen deseo de calmar sus penas.

—¡Imposible! es una llaga tan profunda, que no tiene cura.

—¿Ni lenitivo?

—Únicamente el cariño de Vds.

—Nadie le posee en tan alto grado como V.; al menos por mi parte, dijo el conde.

—Y por la nuestra lo mismo, añadió Senen.

—Yo no digo nada, repuso Zoa; pero si mi vida fuese necesaria para la felicidad de mi tia, no vacilaria en sacrificarla.

—¡Oh! ¡gracias!.... gracias, hijos míos; sin vosotros hubiera muerto cien veces.

Guillermina, derramando lágrimas de ternura, estrechaba las manos de los dos jóvenes.

—¡A mí nada me toca de esa dulce presion!.... murmuró el conde con la espresion de un cariño celoso.

—¡Usted siempre será mi mejor amigo! exclamó la señora de Mendoza estrechando por encima de la mesa la mano que el conde alargaba.

—En ese caso, cuéntenos V. lo que la aflige, dijo éste.

—Recuerdos muy penosos que no puedo desechar de mi memoria, y que hoy tengo mas presentes, porque hace quince años probé hasta las heces la amarguísima copa de una inmensa desventura.

—¡No prosiga V.!.... soy un necio en haber olvidado que estamos á 17 de Julio, aniversario fatal de aquel dia funesto de 1834.

—¿Luego sabe V. mi desgracia?

—Sé únicamente lo que el público refiere.

—Solo nosotros la ignoramos, dijeron casi á un tiempo los dos hermanos.

Guillermina habia quedado pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada fija, las manos enlazadas sobre las rodillas y en actitud de abstraccion melancólica.

—Hijos míos, dejémosla; no conviene renovar una llaga que no han sido bastantes quince años para cicatrizar, dijo el conde á los jóvenes en voz baja.

Zoa se levantó, desapareció un momento, volviendo á poco con ligereza cargada con un hermoso adorno de cabeza que habia concluido aquella mañana. Se lo puso á Guillermina y añadió con encantadora ternura:

—Veremos á ver si lo que no cura el tiempo, puede curar el amor.

—¿Qué haces, hija? preguntó la de Mendoza saliendo de su distraccion.

—Colocar en su linda cabeza este sencillo adorno, que la ruego admita cual una leve espresion de mi cariño. ¡Oh! ¡y qué bien la sienta! ¿no es verdad, señor conde, que está muy bella?

—Admirable; aunque yo no soy voto en la materia.

—¿Y por qué? preguntó con viveza la niña.

—Por apasionado en demasía.

Guillermina le dirigió una mirada de ternura; Zoa bajo los ojos, porque no se viera brillar en su pupila una lágrima fugitiva.

Senen, que poco antes habia desaparecido, volvió en aquel momento con un cuadro en la mano, le colocó delante de su tia y se retiró á un lado.

—¡Mi hijo! exclamó la señora con júbilo.

Efectivamente era el retrato de Lucas de Mendoza.

—¡Oh! ¡cuán feliz me haceis, hijos míos! ¿Con qué pagaré tan gratas sorpresas?...

—Con olvidar sus penas, murmuró Senen, fijando en su hermosa protectora una dulce mirada.

Si nuestros lectores recuerdan lo que han leído en el prólogo, sabrán que Guillermina se casó el día 16 de Julio de 1834; nueve meses despues, nació su hijo. Éste y los dos huérfanos que la rodearon, fueron tres ángeles que la hicieron grata la vida, mitigando un tanto lo acerbo de sus pesares.

Cuando volvemos á encontrarla quince años despues de su casamiento, estaba triste por el recuerdo de su infortunio y por la ausencia de su querido niño.

Éste y Senen se educaban en un colegio de Madrid, siendo muy pocos los dias que pasaban en la quinta.

—¡Oh! ¡es un retrato magnífico! murmuró Guillermina contemplándole estasiada.

—¿Le encuentra V. parecido?

—Admirablemente, es una semejanza perfecta. ¿Qué le parece á V., conde?

—Soy de su opinion, señora; y encuentro que Senen adelanta en la pintura, aprovechando las lecciones de su digna maestra.

—¿Hace mucho que le tienes concluido? dijo Guillermina.

—Ayer le dí la última mano; conociendo que le sería á V. sensible la ausencia de Lucas, aproveché los últimos dias de su estancia en la quinta para retratarle, con objeto de ofrecérsele en este dia, que tantos recuerdos encierra para su corazon.

—Te lo agradezco en extremo; porque en efecto me ha sido muy sensible la marcha de mi hijo á un pais extraño y donde no podré verle todos los dias.

—Esta separacion era indispensable, objetó el conde.

—Estoy convencida de ello; como único heredero de la ilustre casa que representa, necesitaba perfeccionar su educacion, viajar, hacerse hombre, en una palabra, y para esto ningun plan mejor que el adoptado; creo conseguiremos nuestro propósito.

—¡Oh! sí; luego vá acompañado de fray Benigno y á su lado solo aprenderá ciencia y virtudes.

—Tal creo; porque este heróico misionero es un santo y un sábio.

—Al propio tiempo que una dolorosa esperiencia del mundo

ilustra sus talentos y hacen mas interesante su elocuente y amena erudicion. Y á propósito de él, continuó el conde: ¿sabe V. si ha quedado en Madrid su sobrina?

—Sí, ha puesto casa y ha tenido la amabilidad de ofrecérmela, lo cual no hace con nadie, porque esa jóven, desde que vino de la India, es un misterio. ¿La conoce V.?

—No se deja ver en ninguna parte; todos hablan de ella, y nadie la ha visto de cerca.

—Fray Benigno tampoco satisface la curiosidad del mundo; cuando le preguntan por su sobrina, elude la respuesta, pero de una manera que no dá lugar á preguntarle otra vez.

—Si así le interesa, hace bien.

—Ciertamente; pero volvamos al regalo de mi querido niño, que les agradezco infinito y mucho mas; porque con su grata sorpresa, me ha proporcionado un momento de placer en este dia para mí tan triste.

—Con que ¿le agrada á V. mi adorno? preguntó Zoa con admirable candidez.

—Muchísimo.

—¿Y el retrato?

—Tambien; os prometo, hijos míos; conservar toda mi vida vuestro regalo, y en compensacion de tan delicado obsequio, os contaré en la velada de esta noche la historia de mi desventura.

—¡Oh! ¡qué felicidad!.... exclamaron á un tiempo.

El conde bajó la cabeza con melancolía.

—Tambien V. la escuchará, le dijo Guillermina.

—No me atreva á reclamar ese honor; pero no faltaré.

—¡Anhelábamos tanto poseer la confianza de V.! dijeron los niños.

—¡Mi confianza y mi amor será siempre vuestro!.... exclamó Guillermina abrazándolos con efusion.



## CAPÍTULO II.

### La familia del marqués.



AMOS á conducir á nuestros amables lectores al elegantísimo palacio del marqués de Blancarosa.

Está situado en la calle del Rosario, y en la noche á que me refiero, brillaba en la solitaria y oscura callejuela como un faro de luz iluminándola casi toda.

En el pórtico, en la escalera, en el jardín, en los salones y en las demás dependencias de la casa habia multitud de luces que permitian examinar como á los rayos del sol el lujosísimo decorado y la suntuosidad de toda la casa.

Eran los dias de la marquesa, que obsequiaba á sus amigos con un magnífico baile. Aun no habian empezado á llegar los convidados y ya se notaba la animacion consiguiente. Infinidad de criados vestidos de rigurosa etiqueta, cruzaban de uno á otro lado, situándose cada cual en el sitio que le correspondia.

En los laterales de la escalera y en las galerías que conducian á

los salones, se veían macetas preciosas con infinidad de plantas raras y olorosos arbustos.

Serían las ocho de la noche; como hasta las diez no se principiaba la reunión, haremos entretanto que el lector conozca á todos los individuos de la familia.

Cada uno tenía sus habitaciones completamente independientes. La marquesa ocupaba el ala izquierda del edificio. El marqués la derecha, las niñas la parte de atrás con vistas al jardín, y el hijo, deseando estar más á sus anchas, se hizo construir para su uso, un lindísimo pabellón en el jardín.

El cuarto de la marquesa consistía en una larga serie de aposentos decorados con una magnificencia régia; después de atravesar tres ó cuatro salones, se pasaba á la sala-dormitorio. En ella había tres gabinetes: el de baños, el de tocador, el oratorio. En la misma sala que dividían unas hermosas columnas, estaba el lecho.

En el gabinete de tocador, delante de un espejo, hallábase la marquesa, ya completamente vestida para el baile. Dos camareras arreglaban un adorno de cabeza que la colocaron después.

—Hace muy buen efecto, ¿no es verdad? preguntó á un caballero que la acompañaba.

—Precioso; esas perlas entre la blonda y la pluma es una cosa muy nueva, muy elegante, contestó él.

La marquesa tendría unos cuarenta y cinco años, debió ser hermosa en su juventud, cuando aun su fisonomía y su persona eran bastante agradables. Siempre fué muy delgada; ésto la hacía conservarse esbelta y con una cintura elegante y airosa.

Lo propio acontecía á su acompañante, que frisaba en los cincuenta, presentaba diez ó doce menos, uniéndose á esto en ambos la mucha compostura y el uso continuo de los maravillosos secretos del tocador.

El porte marcial, su resuelto ademán y la mirada hosca y dura de sus ojos azules, denotaban en aquel hombre un militar avezado á los usos de campaña; no al militar franco y pundonoroso, sino al

revolucionario, al ente egoísta sin delicadeza ni principios fijos, que se acoge bajo el árbol que dá mas sombra.

Conociásele con el nombre de D. Geroncio Maravillas, si bien no faltó quien sospechára que este hombre encubria otro asaz sospechoso y mal sonante.

Si me he detenido algo en presentar al lector este personaje, aunque no pertenece á la familia del marqués, es por la gran influencia que ejercia en la casa á consecuencia de su intimidad con la señora.

—¿Habeis concluido? preguntó la marquesa á sus doncellas despues de un rato.

—Sí, señora; vea V. si está bien.

—Perfectamente; retiraos; antes de entrar al salon, daremos la última mano.

La marquesa se miró de nuevo al espejo, se puso las pulseras y fué á sentarse en el mismo divan que ocupaba D. Geroncio.

—¿Y qué tenemos de aquello? le preguntó en voz baja.

—Nada; la vida de esa muger es un misterio impenetrable.

—Con audácia y talento todo se descubre.

—Empleo cuantos recursos son imaginables; te lo aseguro.

—Inútiles serán si falta la voluntad, dijo con irónico acento la marquesa levantándose para salir á la habitacion inmediata, que era un pequeño saloncito para recibir, de confianza.

Maravillas la siguió diciendo:

—No te incomodes tan pronto; dame algunos dias de término y te probaré mi deseo de complacerte.

—Hace ocho te ocupas en tan enojoso como importante asunto, y no puedo aguardar mas; si para mañana no lo has averiguado, tráeme la nota.

—Está bien; entonces, permite que me retire.

—¿No asistirás á la recepcion?

—Sí; mas vendré tarde.

—Adios, pues me dejas muy enojada.

—Me prometo hacer cesar en breve tu disgusto.

Maravillas se retiró por una galería que comunicaba con el jardín.

La marquesa era una muger colérica, sumamente arrebatada; su vida habia sido un continuo tegido de tenebrosas cuanto abominables intrigas.

Envidiosa como todas las almas ruines, no podia sufrir en otra la menor sombra de superioridad.

El 17 de Julio de 1834, despues de la muerte, ó mas bien, el asesinato del marqués de Blancarosa, viósele recorrer la casa buscando para inmolarla á su furor á la pobre víctima que se escapó de sus manos, salvada por fray Benigno, con quien se marchó poco despues al Brasil, su pais natal.

Al ver frustrado su intento, gritó trémula de coraje:

—¡Se ha escapado!.... ¡ah! ¡tiemblo de furor!.... ¡y se lleva mi corona de marquesa!.... el imbécil de Alvaro, ¡cobarde!.... yo que tanto anhelo ser rica..... ¡nunca lo conseguiré!....

Luego, variando de rumbo su pensamiento, volvió á decir:

—Por fortuna soy bastante hermosa y no me faltarán conquistas: solo ese necio de marqués ha resistido á mis atractivos, pero ha pagado su desden con la vida.

Estas solas palabras retratan su carácter, su modo de pensar y sus aspiraciones.

Deseaba ser rica, y obligó á su marido á cometer aquel crimen aprovechando el momento en que no podian ser castigados y les era fácil heredar las riquezas del marqués.

La fuga de Alejandrina les desconcertó al pronto, mas el diabólico ingenio de D. Severo les sacó en breve del apuro.

Les sugirió la idea de hacer que la niña pasase por muerta; al efecto colocaron una figura de cera en el ataud, cerráronle con llave, y fué conducido al cementerio juntamente con el del marqués.

De aquel modo entró en posesion del marquesado sin trabas de ninguna especie, salvando á fuerza de dinero los obstáculos que se le opusieron por falta de los documentos que fray Benigno recogió de la papelera del marqués.

Inmediatamente se instalaron en el palacio.

La marquesa dió principio á su nuevo estado, gastando enormes sumas de una manera escandalosa, lo que su marido no podia evitar porque hacía él otro tanto. Bien pronto los recursos se agotaron; entonces la marquesa se acordó de su hermosura, utilizándola en provecho suyo.

Las rentas, merced á aquel recurso, se desempeñaron y la casa volvió á marchar con fastuosa opulencia.

Catorce años pasaron de aquellos sucesos, cuando en 1848 se presentó en Madrid una dama al parecer de alta gerarquía. Su lujo, sus trenes regios y su vida misteriosa llamaron la atención general, haciéndola objeto de la curiosidad pública.

Se la conocia únicamente por *Blanca la Estranjera*; este era el título que la daban sus criados y sus amigos íntimos, sin que fuera posible averiguársele otro.

La marquesa de Blancarosa fué la primera que reconoció en ella una enemiga implacable. Era hermosa, rica, opulenta, lo que inmediatamente la granjeó el amor de los hombres y la envidia de las mugeres.

Veamos lo que de ella dicen el marqués y D. Severo.

Hallábanse estos dos personajes en el gabinete del primero, cómodamente repantigados en un diván y aspirando el delicioso aroma de un magnífico habano.

—Conque, ¿decididamente estás enamorado de esa muger?

—¡Oh! frenéticamente, lo confieso.

—¿Tan bella es?

—Solo la he visto un día descubierto el rostro.

—Pues, hijo mio, perdona que te advierta el peligro.....

—¡En contra de este amor no me digas nada!.... exclamó el marqués interrumpiendo á su amigo.

—Hablaré, mal que te pese....

—No escucho.....

—Oyeme, y obra luego como te plazca.

—Veamos.

—¿Qué ha hecho Blanca la Estranjera al presentarse en la corte? respóndeme, dijo fray Severo.

—Una cosa que todos sabemos y que á todos nos admira.

—Con detalles, con detalles, cuéntame su historia, exclamó con viveza D. Severo.

—Un mes hacía que veíamos preparar en la calle de Alcalá un hermoso palacio digno de un rey por su esplendidez y por la suntuosidad de su decorado, cuando se presentó en él la dama que nos ocupa rodeada de una servidumbre tan lucida como estraña. Todos son griegos, ni un solo criado habla español, bellísimas camareras, graciosos pages, multitud de negros y negras, que unidos entre sí como si fueran un mismo cuerpo, guardan el palacio y á su joven señora con igual respeto que si fuera una reina.

—¿Y en medio de esa falanje de criados fieles y mudos como sepulcros, quieres tú penetrar ó inquirir la vida de Blanca?....

—Su amor, su amor es lo que anhele.....

—¿Y qué sabemos si su corazón tendrá dueño?

—Eso es lo único que deseo averiguar.

—Y tendrás un desengaño, una repulsa que te humille. Yo he llegado á figurarme, y de mi opinion hay muchos, que esa dama es una reina de Oriente que viaja de incógnito. Su magestuoso y altivo ademan, su porte y su regio fausto lo indican así; por consecuencia, no debes cansarte en pretender un imposible; echa una mirada sobre tí, miserable reptil, y vé si eres digno de la real gacela que viene eclipsándonos con los brillantes rayos del astro luminoso que la circunda.

Don Alvaro hacía unos minutos escuchaba las palabras del exclaustro con dolorosa atencion; sus ojos estaban fijos en el pavimento, conociéndose cuanto sufría en la triste actitud de su semblante.

La gallarda y elegante figura del marqués doblábase como una frágil caña á impulsos del huracan.

Contaría unos cuarenta años, si bien no los representaba por el delicado y femenino esmero con que cuidaba su persona.

Siempre fué de las damas un adorador constante; mas nunca llegó á sentir por ninguna un amor real y verdadero, una de esas pasiones volcánicas que agostan el matiz de las mejillas, apagan

el brillo de los ojos y rasgan el corazón, haciéndole brotar á veces lágrimas de sangre.

Sin duda Blanca la Estranjera estaba destinada á despertar en su alma ruin el fuego voraz que acabaria por consumirle.

El lector nos permitirá los dejemos conferenciando en su gabinete para trasladarnos al cuarto de las niñas.

Así llamaba la marquesa á sus hijas, que vivian enteramente libres, sin que sus padres se cuidasen de ellas para nada; crecieron á su albedrío, entregadas desde la niñez sin freno alguno al instinto de sus buenas ó malas pasiones.

Tenian para cada una un saloncito de recibir, un gabinete de estudio, otro de tocador y el dormitorio. Así vivian las dos hermanas juntas y separadas, servidas individualmente por cuatro doncellas que estaban á sus órdenes.

La mayor era un vivo retrato de su madre y como ella llevaba el nombre de Cristina.

María del Tránsito, la mas pequeña, no se parecia á ninguno de su familia. Sin ser hermosa, tenia un semblante tan apacible, una espresion de angélica bondad tan marcada en su espresiva fisonomía, que bastaba verla una vez para amarla con efusion.

Entusiasta por la soledad y el misterio, siempre se la encontraba retirada en su gabinete de estudio, ó bien recorriendo las buhardillas buscando lágrimas que enjugar y desdichas que socorrer.

Ella era el paño de lágrimas de todos. Su hermano y su hermana la buscaban en sus necesidades, y sus padres hallaban en su enfermedad y en sus penas un ángel de consuelo que mitigase sus amarguras.

Su modestia, su dulzura y su encantadora sencillez la granjeaban amigos en todas partes.

Cristina era un tipo enteramente opuesto; poseia una belleza soberbia, arrogante, un carácter arrebatado, caprichoso y altivo, y un corazón egoísta, envidioso y ruin.

De iguales defectos adolecia su hermano Clodomiro, el primogénito heredero de la casa.

Los tres estaban reunidos en el gabinete de Tránsito.